

**LA VENTANA**

Pedro Charro Ayestarán

**MÚSICA**

**C**ONFORME el lenguaje pierde crédito (todo el mundo dice lo que quiere, sin consecuencias, y la crisis por ejemplo, lo mismo está a punto de acabar que durará cinco años) lo gana la música.

Eugenio Triás, tal vez nuestro filósofo más eminente, ha dedicado dos volúmenes a ello y mantiene que somos seres musicales, que discriminamos los sonidos placenteros ya "intra útero", y se pregunta sobre si la música tiene argumento, significación, o es un fenómeno puro. "Si pudiera dar cuenta de una experiencia interior con palabras, no la escribiría en música", dijo Mahler. Sin embargo es posible hacer una historia del siglo XX a través de su música, como ha hecho Alex Ross en un libro espléndido: "El ruido eterno", que debería ser obligatorio en una ciudad como esta, tan melómana, y que demuestra el poder de la música como instrumento político.

Todo el ideal de la modernidad y todo el horror totalitario (curiosamente entrelazados) van envueltos en música. Las buenas intenciones de esta navidad, por ejemplo, también las recibimos en esos videos en que gentes diversas cantan una misma canción en distintos puntos del planeta, o los de música por sorpresa, en lo que de improviso, entre la gente que come en un bar o espera un tren, un grupo comienza a cantar ópera y todos los presentes se quedan pasmados, los niños miran con cara de felicidad y el ambiente se llena de los mejores deseos. Por un momento, diríamos, el mundo ha cambiado, se ha hecho más amable y cálido.

Tal vez la música contenga en sí ese mensaje de que cabe acompañar todas las voces, de que es posible la conjunción en nuestros propósitos, que podría haber un lugar unánime y bello, sin discordancias, un lugar transido de emoción y ligereza, donde como en un coro de ángeles, cantaríamos al unísono un mismo libreto. Eso es la música: la ilusión de un mundo ideal, que luego la realidad se encarga de desmentir, lo que el lenguaje, las confusas palabras, emponzoñan. Un ruido eterno que comienza antes de nuestra llegada al mundo, y al que volvemos una y otra vez para reposar en él por un momento.